

# Socialismo, marxismo, liberalismo\*.

## Meditación sobre «Octogesima adveniens», 26-36

La segunda parte de OA gira en torno al tema: «Aspiraciones fundamentales y corrientes ideológicas». En ella, a partir del n.º 26, se hilvana una reflexión que puede comprenderse en la trilogía: Ideologías; Ideologías y Movimientos históricos; Movimientos históricos. Vamos a seguirla metódicamente.

\* NB: He usado la traducción de los documentos pontificios que se da en «Ocho grandes mensajes», Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1972 (edición preparada por Jesús Iribaren y José Luis Gutiérrez García). Respecto a OA, he cotejado atentamente con el texto latino (AAS, 1971, 63, págs. 420-425). La traducción de la B.A.C. es buena en conjunto. Sólo indicaría las variantes siguientes:

Números:

- 26: No les es lícito, por tanto, favorecer a la ideología marxista y a su materialismo ateo («... doctrinis earumque materialismo atheo»).
- 30: Movimientos históricos concretos nacidos de las ideologías, pero, en parte, distintos de ellas («... sed aliqua ex parte ab iisdem distinguuntur»).
- 31: Atento discernimiento traduce, en este caso: «peracre igitur subtileque postulatur iudicium» (= se requiere, pues, un juicio agudo y sutil). Las presiones de los movimientos socialistas traduce: «violentas coercitiones» (= violentas presiones).
- 32: Un cierto acercamiento («... certum aliquem ad eam accessum»).
- 33: El texto latino subraya «científica», al final del párrafo.
- 35: Atento discernimiento traduce, en este caso: «prudens iudicium» (= un prudente juicio).
- 36: Más allá de todo sistema («... quodlibet systema praetergressus»).

En los «excursus» históricos he evitado las citas de los números cuando he elaborado de modo cuasi telegráfico las distintas síntesis; no he podido evitarlas cuando me ha parecido que las síntesis requerían ciertas transcripciones textuales más amplias.

## I. IDEOLOGÍAS

Se impone un prenotando: sin perder de vista la bipolaridad teórico-práctica propia de las ideologías, este primer elemento de la tríada (Ideologías) tiene particularmente en cuenta el aspecto teórico, las afirmaciones fundamentales que respaldan una concreta corriente de acción; mientras que el segundo elemento (Ideologías y Movimientos históricos) subrayará con preferencia la vertiente de la praxis, como veremos. Pues bien; los cristianos hemos de tener en cuenta, respecto a las Ideologías, consideradas en su aspecto predominantemente doctrinal, cuatro datos que nos ayudarán a discernirlas; los sintetizaremos con las palabras: oposición, ambigüedad, idolatría y declive.

### I. Oposición

Veamos una tesis y unas aplicaciones de la tesis.

#### TESIS

*El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio, no puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se oponen, radicalmente o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepto de hombre.*

Nótese que el sujeto de esta tesis es el cristiano que, consciente del dinamismo de su fe, tiene voluntad de vivirla en todos los aspectos de la existencia y, por tanto, entre ellos, en el campo de la ciudadanía. Precisamente por ser cristiano pretende vivir la acción política concibiéndola como servicio al prójimo: a los hombres, a la comunidad humana.

Una serie de sistemas ideológicos —recordemos el predominio doctrinal aludido— salen al paso del hombre que se decide a vivir la dimensión política de su existencia en consecuencia con su convicción cristiana. Entre ellos, los hay que, de derecho y de hecho,

---

Quizá no resulte superfluo recordar que el texto latino de OA no contiene ningún tipo de subtítulos; sólo la enumeración.

En cuanto a la descripción del Liberalismo me he basado preferentemente en el libro de H. J. Laski, «El Liberalismo europeo», tercera edición, Breviarios, Fondo de Cultura económica, México (traducción de Victoriano Miguélez).

se oponen a su fe y a su concepto del hombre (la fe conlleva necesariamente una visión antropológica: recuérdense por ejemplo, las afirmaciones sobre el hombre como imagen de Dios, como creatura en Cristo, etc.). Esta oposición puede ser global (vg. la que se da en las ideologías ateas) o puede darse respecto a determinadas verdades esenciales relativas a Dios y al hombre (vg. una interpretación deísta de Dios o una afirmación totalitarista de la autoridad).

Si y en cuanto se dan tipos de contraposición de carácter nítidamente contradictorio, es evidente que el cristiano no puede adherirse a tales sistemas. Si eventualmente lo hiciera, a sabiendas de su decisión, dejaría al punto de ser cristiano, de modo total o de modo parcial-sustantivo, a tenor de la clase o grado de adhesión ideológica.

Esta tesis es evidente por sí misma. Con sólo entender los términos del enunciado, toda persona normal la capta inmediatamente, so pena de faltar a las leyes fundamentales de la lógica. Sin embargo, es cosa buena concretar unos puntos de aplicación, a la luz de algunos sistemas ideológicos hoy imperantes. OA lo hace eligiendo dos ideologías fundamentales de nuestro tiempo. Veámoslo.

#### APLICACIONES DE LA TESIS

a) Ideología marxista: *No le es lícito, por tanto (al cristiano), favorecer a la ideología marxista: a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda transcendencia al hombre y a su historia personal y colectiva.*

Existe hoy discusión sobre el sentido último del materialismo ateo de Marx. Ciñéndonos al joven Marx, mientras unos, en un extremo, afirman que no hay lugar a dudas sobre la radicalidad, universalidad y coherencia de su ateísmo; otros, en el otro extremo, sostienen que el Dios negado por Marx es el Dios filtrado a través del entramado cristiano de su época, que no es el Dios verdadero, sino un, diríamos, pseudo-residuo de Dios. Pasando al Marx maduro, otros sostienen que, en la misma medida en que su obra es estrictamente científico-económica, no hay lugar para que sea formalmente atea; mientras que sus opositores afirman que el pensamiento definitivo de Marx reduce el hombre a un puro producto social, lo que implica la negación radical de toda transcendencia.

Sea lo que fuere de la interpretación auténtica, la concretización de la tesis que estamos considerando no entra en discusión; pues equivale, en su núcleo radical, a afirmar lo siguiente: «si y en cuanto el marxismo es ateo, es inadmisibile para la conciencia cristiana». Supongamos, por un momento, que se lograra demostrar que el ateísmo de Marx no es tal y que el sistema marxista se abriera positivamente, en sus discípulos, al Cristianismo: cesaría el problema. Pero en la misma medida en que el marxismo, en cuanto sistema ideológico, afirma el ateísmo, contradice radicalmente a la fe y es, por consiguiente, inadmisibile para el creyente. Es un hecho notorio que son muchos los teóricos marxistas que sostienen un ateísmo radical y consecuente.

Se discute también sobre el sentido último de la dialéctica de la violencia en el sistema ideológico marxista. Valen análogas consideraciones respecto a esta discusión. Sea lo que fuere de la interpretación que se dé al espíritu antagónico que se respira en el «Manifiesto comunista» o que se explicita como ley de cambio social en «El Capital», la concretización de la tesis que consideramos dice, en su núcleo: «si y en cuanto el sistema ideológico marxista sostiene —o hay alguien que en función del mismo sostenga— que una dialéctica de la violencia, contrapuesta contradictoriamente a la dialéctica del amor, es elemento fundamental en la dinamización revolucionaria de la actual sociedad clasista, tal elemento del sistema (o tal posición de un eventual marxista) es incompatible con la fe cristiana que proclama que hay que amar a todos los hombres, amigos y enemigos». La moral cristiana sólo admite un tipo de violencia social: el que se reduce, en determinadas circunstancias y con muy significativas condiciones, al derecho de legítima defensa (individual o grupal); derecho que, además, debe ser ejercido en actitud radical de amor.

Si y en cuanto el sistema ideológico marxista concibe la libertad personal humana a remolque de un doble condicionamiento sustantivo: «la conciencia individual es un simple momento de la conciencia genérica; la trascendencia individual es un simple elemento de la trascendencia colectiva, la cual tiene su fuente y su término en sí misma, negando todo tipo de Trascendencia religiosa»; nos encontramos ante un tercer dato que no puede ser admitido ni por la fe ni por la antropología cristianas.

b) Ideología liberal: *Tampoco apoya el cristiano la ideología liberal, que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y*

*del poder y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de las iniciativas individuales y no ya como fin y motivo primario del valor de la organización social.*

La ilimitación de la libertad humana en su ejercicio implica aquí la negación de una norma última trascendente de la conciencia; una libertad que admite tal norma se sabe fundamentada, finalizada y, por tanto, vertebrada intrínsecamente en su funcionamiento. El cristiano conoce, por la fe, que la base y el término radicales de su libertad se dan en Dios, que se le comunica por Cristo en el Espíritu Santo. Sabe que, si se deja trabajar por el Espíritu, deviene hijo de Dios. Y experimenta que, paradójicamente, al perderse en Dios, se autolibera infinitamente: donde está el Espíritu está la libertad. Mas tiene conciencia asimismo de que esta afirmación es contradictoria con la que sostiene que la libertad humana se autojustifica en y por sí misma, sin ningún apoyo ni término trascendental, sin su religación con Dios. Si y en cuanto el sistema ideológico liberal sostiene o postula un modo de ser o un ejercicio de la libertad que no depende de norma ética alguna y que se autojustifica en su solo ejercicio, este sistema es contradictorio con la visión cristiana del hombre.

El estímulo de la libertad a base del resorte exclusivo del interés (lucro, ganancia) o del poder (político, decisonal-económico, de la pura fuerza bruta, etc.) es anticristiano por naturaleza. Jesús nos enseña: «No podéis servir a Dios y al dinero». Y contrapone al uso del poder entre los que dominan el uso de la autoridad-servicio en el seno de la comunidad de sus discípulos. Si y en cuanto la ideología liberal afirma sistemáticamente que el motor decisivo de las libertades en el entramado social es la ganancia o el dominio, no puede ser asimilada de ningún modo por una conciencia que se sepa y quiera verdaderamente cristiana.

Finalmente, si y en cuanto la ideología liberal afirma que la solidaridad humana es un mero resultado fáctico de libertades en contrato; libertades que tejen y destejen las relaciones sociales a tenor de su conciencia de ilimitación y de su ciencia de motivación (crematística o de conflicto de poder); libertades que, por consiguiente, no están condicionadas por ningún tipo de adhesión conatural a las instituciones básicas de la existencia (vg. la familia, la comunidad política en su núcleo último); este sistema es contradictorio con la visión antropológica cristiana. Legítima radicalmente una sociedad en que la disputa por la primacía del dinero y del

poder (en último término, del poder armado) es el motor y el incentivo de unas eventuales y siempre contingentes alianzas, que no solidaridades, entre los individuos. Niega radicalmente en plan de Dios sobre la unidad de la familia humana. Es incompatible con la fe.

## 2. Ambigüedad

Un segundo dato —decíamos— que los cristianos hemos de tener presente respecto a las ideologías es la ambigüedad. Esta puede ser considerada en viaje de ida y vuelta.

— De la teoría a la praxis: El texto afirma que la ideología social *unas veces reduce la acción política o social a ser simplemente la aplicación de una idea abstracta, puramente teórica*. Esta hipótesis se da preferentemente en las ideologías de signo totalitario en avanzado estado de elaboración, en las que, a priori, el hombre se conceptúa (y, consiguientemente, se manipula) como número, como pieza de engranaje, al servicio del sistema. La cosmovisión, pongamos por caso, racista, nacionalista, clasista, etc., del sistema es la última piedra de toque de los movimientos históricos que se crean o se sostienen precisamente para realizar —plasmarse, ejecutar— el propio sistema.

— De la praxis a la teoría: *Otras veces es el pensamiento el que se convierte en puro instrumento al servicio de la acción, como simple medio para una estrategia*. Esta segunda hipótesis se da más bien en las ideologías de cuño relativista, al servicio de meros intereses concretos. La teoría marxista de las ideologías insiste básicamente en este segundo aspecto. Toda ideología viene a ser, según ella, una superestructura que intenta legitimar un interés. Otras teorías ideológicas no llegan a tanto; pero afirman que este tipo de ideología es importante y abundante. El concreto interés de clase, de grupo, de raza, es lo que en verdad se vive; la teoría simplemente se construye a su servicio y en tanto importa en cuanto sirve, en cuanto es eficaz para la vivencia. La cual, a su vez, es decisiva si y en cuanto no surge otra que la desmerezca o invalide. Las ideologías se reducen a iluminaciones oportunistas de concretos y más o menos contingentes intereses.

— *En ambos casos ¿no es el hombre quien corre el riesgo de verse enajenado?* Si el anterior planteamiento —opositivo— señalaba el hecho de la contradicción, éste, que pone de relieve la ambigüedad, nos invita a pensar en el peligro de la alienación. Es

cierto. El hombre que es manipulado al servicio estratégico-táctico de una idea, pasa a ser mero peón de una teoría impersonal. El hombre que piensa, o que es constreñido a pensar, en torno a un interés, con vista a su legitimación incondicional, apriorística, incuestionable, se ve alienado ciegamente en pos de una pasión, individual o colectiva. De aquí que estas posiciones —aisladas o grupales— estén en contradicción también con la visión cristiana de la vida. *La fe cristiana —dice nuestro documento— es muy superior a estas ideologías y queda situada a veces en posición totalmente contraria a ellas, en la medida en que reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela, a través de todos los niveles de lo creado, al hombre como libertad responsable.* Esta es la cuestión decisiva: un hombre que, en Cristo, deje interpelar su libertad por la libertad divina, no puede de ningún modo brindarse a hacer el juego a cualquier tipo de ideología que intente mediatizarlo de cara a unas verdades relativas absolutizadas o a unos intereses de parte pasionalizados.

### 3. Idolatría

El tercer dato a tener en cuenta por los cristianos es la idolatría. *Otro peligro consiste en adherirse a una ideología que carezca de un fundamento científico completo y verdadero y en refugiarse en ella como explicación última y suficiente de todo, y construirse así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio.* Nótese que en esta tercera observación se subraya un doble aspecto: de insuficiencia científica y de refugio. La insuficiencia se da porque la (pretendida) fundamentación es parcial y errónea. A pesar de ello, hay quien se refugia en ella confiriéndole los atributos contrarios: se la afirma como última y suficiente. Se trata de una postura de neoidolatría; de aquí a una seudosubordinación totalitaria y a una seudoobligación ética, tanto más constringentes, ambas, cuanto más infundadas y falsas, hay un paso.

Pienso que bastantes ideologías de tipo «ultra» cuadran bien en esta descripción. El adorador de este nuevo ídolo cree encontrar en él:

- una justificación para la acción aún violenta;
- una adecuación a un deseo generoso de servicio.

Se señalan con fina percepción psicológica dos trazos que acom-

pañan frecuentemente a los incondicionales discípulos del signo señalado: violencia y generosidad desenfocada. Ocurre que la ideología absorbe a su adorador hasta sumergirle en una auténtica esclavitud.

#### 4. Retroceso

Finalmente, el cuarto dato que hay que tener en cuenta, según OA, es el retroceso de las ideologías, sostenido como un hecho por bastantes observadores. Hoy día —señala nuestro documento— *se ha podido hablar de un retroceso de las ideologías*. Esta afirmación es ambivalente. En lo que tiene de verdadero, *puede constituir un momento favorable para la apertura a la trascendencia y solidez del cristianismo*. Ello es cierto cuando el retroceso se debe a una posición crítica que detecta y denuncia las anteriores deficiencias u otras que aquí no se enumeran. Pero no lo es cuando la causa se reduce a una actitud relativista, pragmática o escéptica que se ceba en la duda sin apetencia de ningún otro alimento.

En lo que tiene de falso (se trata de un frotarse las manos interesado, que niega las ideologías en nombre de una nueva cripto-ideología), *puede ser también un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo: la técnica universalizada*. Esta puede entenderse *como forma dominante del dinamismo humano* (recuérdense, a este propósito, las profundas enseñanzas de Pío XII sobre «el espíritu técnico» en sus mensajes de Navidad); *como modo invasor del existir* (la vida individual y colectiva en los Estados se valora por la eficacia de las obras técnicas, por las estadísticas de producción en crecimiento); *como lenguaje mismo, sin que la cuestión de su sentido se plantee realmente* (la técnica audiovisual, pongamos por caso, termina en una mera transmisión de la «voz —interés» liquidando la «palabra— razón»).

Hasta aquí los cuatro aspectos enumerados. Resumiéndolos, vemos que se nos pide a los cristianos lucidez y firmeza:

— No podemos jugar con las ideologías que niegan nuestra fe y nuestra cosmovisión cristiana. Ni ayer, ni hoy, ni nunca podremos vivir alegremente instalados en una coincidencia de contradictorios. Aquí no cabe la conciliación; cabe sí el diálogo que pretende vencer al contrario de su error.

— No podemos alienarnos ni en una idea abstracta que manipule al hombre, ni en un interés sórdido que intente construir su propia justificación.

— No podemos refugiarnos en sistemas teórico-prácticos que, desde lo incompleto y lo erróneo postulan, en quienes se refugian en ellos, la violencia y la pseudo-pacificación psicológica del «entregado».

— No podemos sumergirnos en la neoideología del positivismo eficazista, que ofrece cantidad a quien busca cualidad y estadísticas y toneladas a quien ansía humanidad y sentido.

No es en estas zonas donde hay que buscar la conciliación, a base de pretender un irenismo que torpedea las exigencias de la verdad.

## II. IDEOLOGÍAS Y MOVIMIENTOS HISTÓRICOS

Después de habernos detenido en las Ideologías subrayando su dimensión doctrinal, pasemos ahora a reflexionar sobre la distinción existente entre las Ideologías y los Movimientos históricos por ellas originados.

Para ello vamos a considerar una doble distinción y a elaborar su fundamentación teológica.

### I. Una doble distinción

Hay que distinguir, en primer lugar, entre error y errante; acto seguido, entre ideologías y movimientos históricos. Esta segunda distinción es la que da el título a nuestra sección. Ambas distinciones son explicadas en la «Pacem in terris» de Juan XXIII, aunque «Octogesima adveniens» sólo se detiene en la segunda. No obstante, daremos también una referencia sobre la primera, porque es importante en sí misma y completa lo que aporta la segunda. Pero tendremos presente que es esta última la que da sentido a este nuevo apartado.

a) Error y errante: La tesis es fundamental: *Importa distinguir siempre entre el error y el hombre que lo profesa, aunque se trate de personas que desconocen por entero la verdad, o la conocen sólo a medias, en el orden religioso o en el orden de la moral práctica* (PT 158). Las inflexiones de la afirmación son riquísimas: ignorancia total o ignorancia parcial, por un lado; orden religioso y orden moral práctico, por otro. No se trata, como puede verse, de hipótesis de trabajo de escasa importancia; sino de posiciones

que sólo se dan en el área de lo decisivo, tanto subjetivo como objetivo.

Pues bien: Juan XXIII apela a dos razones para mostrar la bondad de su aserto. Una se refiere a la dignidad humana; otra, a la capacidad de superación y de conversión del hombre.

Dignidad humana: *el hombre que yerra no queda por ello despojado de su condición de hombre ni automáticamente pierde jamás su dignidad de persona, dignidad que debe ser tenida siempre en cuenta* (ibídem). Condición humana y dignidad personal son dos datos sustantivos. Con ellos no puede jugarse. Deben ser siempre valorados como decisivos. El monólogo condenatorio y el insulto sistemático no las pueden tener en cuenta.

Capacidad de superación y de conversión: *en la naturaleza humana nunca desaparece la capacidad de superar el error y de buscar el camino de la verdad*. Se trata de una dimensión ética fundamental. A la que se añade otra de tipo directamente religioso: *por otra parte, nunca le faltan al hombre las ayudas de la Divina Providencia en esta materia. Por lo cual bien puede suceder, que, quien hoy carece de la luz de la fe o profesa doctrinas equivocadas, pueda mañana, iluminado por la luz divina, abrazar la verdad*. El hombre continúa siendo siempre hombre; por consiguiente, con la ayuda divina puede superarse, puede convertirse. Estos dos datos son fundamentales para la conciencia católica.

El texto termina recordando que los católicos pueden ofrecer a los no creyentes y a los equivocados en la fe ocasión o estímulo para alcanzar la verdad.

b) Ideologías y corrientes históricas: *El cristiano encuentra en su acción movimientos históricos concretos nacidos de las ideologías, pero, en parte, distintos de ellas*. El hecho de esta distinción es fundamental. Una cosa son las ideologías; otra cosa son las corrientes históricas que nacen de tales ideologías. Digamos de paso que ahora puede percibirse mejor la observación arriba avanzada sobre la inflexión predominantemente doctrinal que «Octogesima adveniens» da al concepto de ideología en los números anteriores. En las citas que a continuación se darán ello se verá diáfananamente.

Veamos en primer lugar la tesis de base a la luz de la cita de «Pacem in terris» que hace OA: *No se pueden identificar las teorías falsas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre, con los movimientos históricos fundados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque estos últimos deban su origen a estas teorías y se inspiren aún en ellas*. En esquema:

TEORIAS FILOSOFICAS SOBRE EL MUNDO Y EL HOMBRE	MOVIMIENTOS HISTORICOS FUNDADOS EN UNA FINALIDAD CONCRETA
— naturaleza — origen — finalidad <span style="font-size: 2em; vertical-align: middle;">}</span> del hombre y del mundo	— económica — social — cultural — política
Se parte de la hipótesis de unas teorías falsas, ya que las verdaderas no ofrecen problemas.	Tales movimientos, también por hipótesis, se originan y se inspiran en dichas teorías falsas.

A pesar de su relación, teorías y movimientos no son identificables.

Veamos en segundo lugar las razones que da Juan XIII, al que continúa citando Pablo VI, para mostrar su aserto. Son las siguientes:

1.º *Las doctrinas, una vez fijadas y formuladas, no cambian más; mientras que los movimientos que tienen por objeto condiciones concretas y mutables de la vida no pueden por menos de ser influenciados por esta evolución.* Ya que antes se ha hablado de las ideologías (filosofías, doctrinas) marxista y liberal, explicitemos la idea enunciada sin movernos de su ámbito.

En primer lugar respecto al marxismo. Las obras completas de Marx (vertiente filosófico-ideológica) ahí están en las librerías y mesas de estudio, a disposición de los enterados y curiosos. Podrá haber discrepancia en la interpretación que unos y otros de ellas hagan; pero será cosa suya. Los enunciados allí permanecerán. Y siempre serán ellos la última piedra de toque que dé solución a las discrepancias. Los textos, las cartas y los comentarios autorizados (vg. los escritos de Engels), ayudarán objetivamente al logro de estas precisiones. Pero siempre el criterio acabará siendo aquel de que lo escrito escrito está, valga la cita evangélica. Sin embargo, una cosa son las obras de Marx y otra cosa muy distinta el marxismo —o, si se quiere, para ser más exactos, los marxismos— que derivan de la acción y de la obra escrita de Marx. Si he leído a Marx y sé lo que digo cuando pronuncio juntas, desde el punto de vista histórico, las palabras «Marx-Lenin», sé que digo algo muy diferente de «Marx sólo». Es muy probable que, sin la existencia de Lenin, Marx hubiese sido un notable pensador y hombre de acción del siglo XIX; pero no lo que es y representa para el siglo XX.

Si a la inflexión marxista-leninista (como movimiento histórico) añado la nueva inflexión «Marx-Lenin-Stalin» y soy consciente de lo que digo, históricamente hablando, sé que añado algo muy distinto a lo anterior. Continuando en la misma línea, la obra y acción de Kruschev da un nuevo cariz a lo ya enunciado. Y, siguiendo, sé que digo algo muy diverso si añado el binomio «Marx-Mao». Como si indico: «Marx-Castro». O «Marx-Eurocomunismo». Pasando a otro ámbito, considérese la resonancia histórica que para el entendido tiene la inflexión: «Marx-Bernstein»; o las variantes «Marx-socialismos latinos»; o las cristalizaciones marxistas de la socialdemocracia, en la medida en que se den. Las condiciones concretas y mutables de la vida de los hombres marxistas enunciados; de sus pueblos (ruso, chino, cubano, estados y nacionalidades europeos, etc.); de las distintas etapas de la cultura y de la civilización; del crecimiento demográfico, etc., inflexionan necesariamente el marxismo-doctrina de Marx.

Análoga reflexión puede hacerse sobre la ideología liberal. Será suficiente con sugerir lo que implican, para quien es competente en historia, economía y política, los vocablos: capitalismo smithiano y capitalismo keynesiano.

Ningún hombre o grupo fija o acapara la historia con su pensamiento o acción; tal posibilidad trasciende totalmente la mera finitud humana. Por otro lado, cada nuevo hombre, generación, grupo, movimiento, institución, etc., tienen algo propio que decir (y vivir): añadiendo, profundizando, corrigiendo, sustituyendo, negando, respecto a las doctrinas que les han influido e influyen. Precisamente porque las valoran, no las marginan; sino que las asimilan, interpretan, reviven, traducen; o, en su caso, corrigen, refutan, distinguen, etc.

2.º Por otro lado, añade Juan XXIII (al que continúa citando Pablo VI): *en la medida que estos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación?*

Si la anterior razón señala el hecho del influjo necesario e indudable de la vida sobre los movimientos históricos, ésta pone de relieve la parte de acuerdo que los movimientos históricos presentan respecto a la razón y a las aspiraciones humanas. El elemento vital, el elemento racional y el elemento ético son tres datos que hay que tener muy en cuenta cuando de valorar movimientos históricos se trata.

Es un hecho que los socialismos, marxismos y liberalismos presentan, en el decurso del tiempo, distintas inflexiones de carácter vital, racional y ético que responden a exigencias epocales; es decir, a exigencias de la naturaleza humana en su despliegue y cristalización históricos. Como todos los movimientos históricos importantes, ponen en juego instancias fundamentales de supervivencia, de inteligencia y de justicia. Las cargas de error y de mal que les acompañan no empañan el dato anterior.

Resumiendo, la doble distinción: «error-errante» e «ideología-movimiento histórico» exige de nosotros, cristianos, una nueva actitud, distinta y complementaria (no contradictoria), respecto a la anterior. Una actitud hecha de apertura a la dignidad humana, a la capacidad de superación y de conversión del hombre y a las posibilidades positivamente evolutivas de los grupos humanos.

## **2. Fundamentación teológica de la anterior distinción**

Las anteriores afirmaciones tienen una diafanidad ético-religiosa que por sí misma las acredita. Pero pueden evidenciarse todavía con más profundidad si se las considera a la luz de una doble aproximación teológica: la primera deriva del hecho de la necesaria presencia y acción de los cristianos en un mundo de pecado y error, la segunda subraya la verdad del Misterio pascual universal.

a) La necesaria presencia y acción de los cristianos en un mundo de pecado y error, del que ellos mismos no están inmunes:

«No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal», pide Jesús por sus discípulos en la oración sacerdotal (Juan, 17,15). La parábola del trigo y la cizaña nos ilustra sobre la necesidad de la coexistencia del mal y del bien en el campo de la historia humana. Ocurre que, por una parte, nadie, si no es Dios, sabe a ciencia cierta cuál es en cada momento la condición íntima del corazón humano respecto al bien y al mal; lo que hace imposible una división a priori y exhaustiva que acote ambos terrenos. Y, por otra parte, los cristianos sabemos que somos salvados del mal por la gracia de Cristo, pero que queda en nosotros la tendencia al mismo, contra la que hemos de luchar esforzadamente; tendencia que experimentamos no sólo como tal, sino como también llevada a acto, a través de nuestros pecados individuales y grupales. El mal del error puede ser discernido, con la ayuda del Espíritu y un atento estudio; el mal del pecado puede ser detectado en sus

manifestaciones externas; ambos males, si y en cuanto constan fehacientemente, deben ser objeto de lucha, que reprima el mal y salve al pecador.

Sin embargo, a pesar de nuestra verdad en Cristo y de nuestra pertenencia a una comunidad que, por condición y vocación, es santa —la Iglesia de Dios—; sabemos y experimentamos: que nos circunda y penetra el error; cuán difícil nos es luchar contra él; y con cuánta facilidad tendemos a afirmar nuestras verdades particulares como la verdad sin más. Y sabemos y experimentamos también cómo los intereses que debiéramos combatir con las armas del Evangelio y de la honradez natural, encuentran con frecuencia en nosotros no sólo complicidad, sino también protagonismo. Es en los países de área cristiana del planeta en donde se originan y crecen muchos centros de expansión de tantas doctrinas y actividades que niegan de derecho y de hecho el Espíritu de Jesucristo.

Por todas estas razones hemos de ser particularmente clarividentes en cuanto a la necesidad de una actitud de diálogo que, estribando fuertemente en la verdad cristiana y negando consecuentemente los errores que la contradicen, por un lado; y discerniendo justamente en el seno de los movimientos históricos, originados en doctrinas erróneas, los valores que en ellos se dan, por otro; no sólo se ofrece a la aportación fraternal, sino que se abre también a la recepción humilde y a la cooperación desinteresada y fiel.

*b) El hecho del Misterio pascual universal:*

GS 22 recuerda que el cristiano, «asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección». Muerte y resurrección en Cristo constituyen el binomio esencial del ser y del estilo cristianos. Ahora bien, y eso es lo que en estos momentos nos atañe, el hecho pascual concierne a todos los hombres de buena voluntad. El texto conciliar lo explicita del siguiente modo: «Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió para todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual». De aquí que, en nuestro trato con todos los hombres de buena voluntad, debamos estar abiertos a la Verdad que está escondida en sus verdades, aunque ellos la ignoren. Y que, en nuestro trato con todos los hombres en general, debamos tener continuamente presente que

el Misterio pascual posibilita en ellos los frutos de superación y conversión de que hace poco hablamos.

c) No se trata de un oportunismo:

No se trata, pues, de un oportunismo histórico, al que invita la conyuntura global de nuestra época. Se trata de una posición que es radicalmente cristiana. Y que, lejos de ser oportunista, sabe aprovechar, en nombre de Quien es el Ayer, el Hoy y el Siempre de la historia, todas las oportunidades de salvación que Dios siembra en los corazones humanos. Una acción cristiana que sea consecuente con estos principios no será tacticista, sino sencilla y prudente, combinando lo mejor de la paloma y de la serpiente, con vistas al Reino de Dios y al bien de los hermanos. Se trata, en último término, de poner en juego el verdadero amor cristiano.

### III. MOVIMIENTOS HISTORICOS

Establecida con claridad la distinción existente entre Ideologías y Movimientos históricos, OA, a partir del n.º 31, trata de tres movimientos históricos concretos: socialista, marxista y liberal.

#### 1. Las corrientes socialistas

a) En lo que atañe a las corrientes socialistas, OA verifica una atracción, apela a un discernimiento y posibilita un compromiso. Veámoslo.

1.º Atracción: *Hoy día los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Tratan de reconocer en ellas un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe. Se sienten insertos en esta corriente histórica y quieren realizar dentro de ella una acción.* Nótese la riqueza de verificaciones que se acumula en estas líneas: atracción, reconocimiento, inserción, acción. De fuera adentro las corrientes socialistas atraen. De dentro a fuera, algunas aspiraciones vividas por los cristianos se reconocen en las aspiraciones vividas por las corrientes socialistas. De aquí deriva una cierta «connaturalidad», un sentirse inserto en tales corrientes. Lo que brinda espontáneamente el paso a una concreta acción.

Ciertamente aquí están descritos muchos «cristianos ante el socialismo». No se reconocerán del todo ante el cuadro los «cristianos por el socialismo», ya que ellos afirman nítidamente que su com-

promiso socialista-marxista es hecho con categorías meramente políticas y que lo optado políticamente, es luego, en un segundo paso, corroborado cristianamente. Pero unos y otros caben —ampliamente hablando— en esta verificación de actitudes y opciones.

2.º Discernimiento. Discernir implica, en primer lugar, detectar un pluralismo: la corriente histórica socialista *asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas*. Para evocar concretamente este primer punto no nos es necesario ningún viaje planetario; es suficiente recordar los bloques socialdemócrata y socialista, con sus partidos correspondientes, tanto a nivel europeo, como de Estado español, como de nacionalidades y regiones en España.

Discernir implica, en segundo lugar, observar un condicionamiento: esta corriente socialista: *ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe*. En diversos partidos de ambos bloques —socialdemócrata y socialista— se dan líderes y militantes —con frecuencia de importancia primordial y de porcentaje mayoritario— que, abiertos en bastantes casos al respeto de la conciencia y a la cooperación de los cristianos en el seno de los respectivos partidos, hacen pública, sin embargo, su opción materialista atea y la incompatibilidad de la misma con la fe cristiana. Es un hecho.

En tercer lugar, el citado discernimiento verifica una cierta tendencia a la idealización: *con demasiada frecuencia los cristianos, atraídos por el socialismo, tienden a idealizarlo, en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad, de igualdad*. El subrayar unilateralmente estos valores lleva, más de una vez, a no detectar suficientemente los aspectos negativos: *rehusan admitir las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen*. (Acabamos de subrayar este aspecto; no es necesario insistir en él.)

Este discernimiento, en cuarto lugar, conduce a la verificación, en el seno de los movimientos históricos socialistas, de tres niveles concretos, que podemos resumir con las tres palabras siguientes: aspiración, organización, ideología:

— aspiración: *aspiración generosa y búsqueda de una sociedad más justa;*

— organización: *movimientos históricos que tienen una organización y un fin político;*

— ideología: *la ideología, que pretende dar una visión total y autónoma del hombre.*

La determinación de estos estratos no tiene un mero fin de aclaración teórica, sino que se enfoca a lo práctico: a la posibilidad de un concreto compromiso del cristiano en el campo de los movimientos históricos socialistas. *Entre las diversas formas de expresión del socialismo* (las citadas en los tres niveles), *hay que establecer distinciones que guiarán las opciones concretas*. Se trata de ponderar la posibilidad de un compromiso, como veremos acto seguido.

3.º Compromiso: *Estas distinciones no deben tender a considerar tales formas como completamente separadas e independientes. La vinculación concreta que, según las circunstancias, exista entre ellas, debe ser claramente señalada, y esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos, quedando a salvo los valores, en particular, de la libertad, la responsabilidad y la apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo completo del hombre.*

Reflexionando sobre este texto percibimos ante todo que el discernimiento de que hemos hablado no tiene como fin un mero separar niveles, sino un detectarlos y valorarlos en su respectiva densidad; pero sin olvidar que todos ellos se dan en el mismo bloque de realidad: si se quiere, que son estratos de un mismo terreno. El discernimiento ha de ser objetivo; y, como tal ha de poner en justo relieve, a la vez, lo que distingue y lo que une. Sólo así se empalma sin error en lo real.

Ahora bien, y éste es un segundo dato que hay que tener en cuenta, lo que une no une del mismo modo en cada hipótesis de trabajo, en cada movimiento histórico concreto. Hay distintos grados de vinculación entre los citados niveles. Desde un planteamiento que podemos llamar compactista hasta otro que podemos denominar pluralista, pueden darse, y de hecho se dan, distintas intensidades de conexión.

Pues bien —tercer dato—, si y en cuanto la línea organizativa se abre hacia los valores señalados en el primer nivel (los valores de justicia, a los que hay que añadir los que más adelante el texto indica: libertad, responsabilidad y apertura a lo espiritual); y, por consiguiente, se desconecta de una necesaria admisión del tercer nivel, el ideológico (en cuanto éste, por hipótesis, «pretende dar una visión total y autónoma del hombre»); el cristiano ve abrirse ante sus ojos, en proporción creciente a la realidad del hecho que consideramos, la luz verde de un compromiso posible en estos caminos socialistas.

Es una cuestión de discernimiento y de compromiso que está en manos de nuestras respectivas conciencias. En nombre de Cristo no se nos dice a priori ni que sí ni que no; se nos dice que observemos, reflexionemos, discernamos y, en cuanto veamos plausible la acentuación del nivel primero y el concomitante desbloqueo del nivel tercero, que elijamos el tipo y grado de nuestra vinculación, si es que, libremente, nos decidimos a ella.

b) Para comprender lo que significa la posición que asume este Documento, es bueno hacer un pequeño excursus histórico. Porque la postura del Magisterio pontificio no ha sido siempre ésta; al contrario.

En 1891 la «Rerum novarum» se enfrentó abiertamente con el socialismo de su época. Después de resumir sus tesis principales del modo siguiente: lucha de clases, que atiza el odio; supresión de la propiedad privada; y comunismo de bienes, que describe como igualitario y como administrado por quienes rigen el municipio o la comunidad política; pasa a refutarlo como solución inadecuada e injusta.

Inadecuada, por cuanto daña a los mismos a quienes pretende ayudar: a los propios obreros, ya que «la razón misma del trabajo que aportan los que se ocupan en algún oficio lucrativo y el fin primordial que busca el obrero es procurarse algo para sí y poseer con propio derecho una cosa como suya». Al transferir los bienes de los particulares a la comunidad, privan a los obreros de la libertad de colocar sus beneficios, de la esperanza y de la facultad de aumentar los bienes familiares, y de procurarse utilidades.

Injusta, por cuanto «poseer algo en privado como propio es un derecho dado al hombre por la naturaleza». La encíclica se propone demostrar ampliamente este derecho natural, desde el triple punto de vista del individuo en cuanto hombre, en cuanto padre de familia y en cuanto miembro de la sociedad, a la que perturbaría trastornando su orden y originando una dura y odiosa opresión de los ciudadanos. «Por lo tanto, cuando se plantea el problema de mejorar la condición de las clases inferiores, se ha de tener como fundamental el principio de que la propiedad privada ha de conservarse inviolable.»

La solución, según «Rerum novarum», estriba en una acción simultánea y armónica de la Iglesia (con su doctrina y acción), del Estado (con su adecuada intervención, contra la tesis básica del capitalismo) y de los propios interesados, Patronos y Obreros

(con su acción asociada, de diverso género, junta o separada; asociación que contiene, entre otros datos, la estructura sindical).

Cuarenta años más tarde, la «Quadragesimo anno» de Pío XI tomó buena nota de que no sólo había cambiado profundamente la estructura de la economía (el capitalismo, con sus secuelas de imperialismo económico e imperialismo internacional del dinero), sino también el socialismo, con el cual —dice— «tuvo que luchar principalmente nuestro predecesor». El socialismo, «que entonces podía considerarse, en efecto, casi único y propugnaba unos principios doctrinales definidos, se fraccionó después principalmente en dos bloques, de ordinario opuestos y aún en la más enconada enemistad, pero de modo que ninguno de estos dos bloques renunciara al fundamento anticristiano propio del socialismo».

El primer bloque, de carácter violento, es el comunismo. Después de señalar su grande y declarada enemistad para con la Iglesia y para con Dios, y su inhumanidad; pasa a tratar ampliamente del bloque moderado, el socialismo (Cf. QA, 112).

Empieza la consideración sobre el mismo resaltando precisamente sus caracteres moderados en relación con el anterior; llega incluso a afirmar que «no se puede negar, en efecto, que sus postulados se aproximan a veces mucho a aquellos que los reformadores cristianos de la sociedad con justa razón reclaman» (113). «¿Qué decir —se plantea— si, en lo tocante a la lucha de clases y a la propiedad privada, el socialismo se suaviza y se enmienda hasta el punto de que, en cuanto a eso, ya nada haya de reprehensible en él? ¿Acaso abdicó ya por eso de su naturaleza, contraria a la religión cristiana? Es ésta una cuestión que tiene perplejos los ánimos de muchos» (117), entre ellos, naturalmente, de los católicos. Pues bien, Pío XI define su postura del siguiente modo: «considérese como doctrina, como hecho histórico, o como «acción» social, el socialismo, si sigue siendo socialismo, aún después de haber cedido a la verdad y a la justicia en los puntos indicados, es incompatible con los dogmas de la Iglesia católica, puesto que concibe la sociedad de una manera sumamente opuesta a la verdad cristiana» (117). «Socialismo religioso, socialismo cristiano —dirá más adelante— implican términos contradictorios: nadie puede ser a la vez buen católico y verdadero socialista» (120).

En 1963, Juan XXIII elucidará una tesis que permitirá dar un nuevo enfoque a la cuestión: la distinción existente entre doctrina y movimiento histórico (ver la cita penúltima de Pío XI). Añádase la otra distinción entre error y errante, que ya conocemos también.

Basándose en la primera de ambas distinciones, ochenta años después de la «Rerum novarum», Pablo VI, en la «Octogesima adveniens», discernirá en el movimiento histórico socialista los tres niveles que hemos analizado, al par que su eventual y/o diferente conexión, según los casos concretos; para dejar sentado que, tras una valoración objetiva de ambos datos, los cristianos pueden considerar «el grado de compromiso posible» en una determinada corriente socialista.

Es muy importante tener presente la evolución del Magisterio en esta materia —como en tantas otras de su doctrina social— para no extrapolar espacio-temporalmente unos textos que sólo en determinadas condiciones guardan su justo valor y su correcto sentido. El género literario «doctrina social de la Iglesia» tiene también su propia hermenéutica, que hay que conocer para ser mínimamente objetivo.

## 2. Las corrientes marxistas

a) Para comprender acertadamente lo que seguirá téngase presente que no es lo mismo marxismo que comunismo, como todavía muchos no enterados creen. Por otra parte, al tratar del marxismo después de hablar sobre el socialismo, salta a la vista que la carta de Pablo VI no pretende reiterar conceptos. De aquí que lógicamente haya pie para referir de modo preferente al área de las corrientes comunistas lo que a continuación se pasa a elucidar. Pero a condición de no realizar, como hemos dicho, una identificación pura y simple entre marxismo y comunismo. Pues bien, OA detecta un interrogante, verifica unas distinciones e indica una pauta.

1.º Interrogante. Dice el texto: *Otros cristianos se preguntan también si la evolución histórica del marxismo no autorizaría un cierto acercamiento.* Si comparamos este punto de partida con el anterior, referente al socialismo, notamos una diferencia: allí la cosa se da por más hecha, el problema es el de una atracción que llega fácilmente a una idealización. Aquí la cosa es más lejana, se plantea una pregunta y, ésta, restringida: entra en cuestión solamente un cierto acercamiento. Se trata, como veremos, de planteamientos análogos, no unívocos.

Estos cristianos se hacen tal pregunta, porque *notan una cierta desintegración del marxismo.* En concreto verifican:

— *un enfrentamiento ideológico que separa oficialmente las diversas tendencias del marxismo-leninismo, en la misma interpretación del pensamiento de los fundadores;*

— *oposiciones abiertas entre los sistemas políticos que se manifiestan hoy como derivados de él;*

— *el hecho de que algunos establecen distinciones entre diversos niveles de expresión del marxismo.*

Se trata —resumiendo— de una triple desintegración: ideológica, política y estratigráfica o de niveles. Respecto a la primera, precisando más, podemos señalar que no se trata sólo de diversas tendencias en el seno del marxismo-leninismo, sino de algo más radical: de diversas tendencias en el seno del marxismo como tal; la marxista-leninista (a su vez descompuesta en subtendencias) no es más que una de estas múltiples corrientes ideológicas marxistas en contraste. Piénsese además en la polémica en torno a la interpretación de Marx: el joven Marx, el Marx maduro, el Marx total, etc. En cuanto a las oposiciones políticas, basta con evocar la problemática URSS-China; la opresión URSS-Países Satélites; la polémica Eurocomunismo-Estados marxistas actuales, etc. La distinción estratigráfica es la que en estos momentos particularmente nos interesa. Al desarrollarla, acto seguido, téngase presente su última conexión con la desintegración ideológica.

2.º Distinciones. Podemos resumir las distinciones con las cuatro fórmulas siguientes: lucha de clases, conquista del poder, materialismo histórico, método científico.

— *Lucha de clases: Para unos, el marxismo sigue siendo esencialmente una práctica activa de la lucha de clases. Experimentando el vigor siempre presente y la dureza, que siempre reaparece, de las relaciones de dominio y de explotación entre los hombres, reducen el marxismo a una lucha, a veces sin otra perspectiva, lucha que hay que proseguir y aún suscitar de manera permanente. Esta interpretación parte de una verificación y conduce a una actitud.*

La verificación es muy seria: las relaciones de dominio y de explotación entre los hombres se presentan con una siniestra capacidad de persistencia y de reviviscencia. Esto es innegable. Contra toda proyección edulcorante de un «no será tanto» por parte de quien, normalmente, no se encuentra entre los dominados y explotados; el hecho, con su brutalidad, se impone a todo observador objetivo de la realidad.

Pues bien, tal hecho no es leído con ojos meramente centrados en una observación fría, sino con capacidad de reacción ética: hay que luchar contra esta permanencia de la explotación y del dominio; un hombre honrado no puede cruzarse de brazos ante ella. El marxismo sirve, en estos casos, a muchos hombres, como

luz que hace ver el hecho, o como estímulo que hace reaccionar ante el hecho, o como ambas cosas a la vez. Así alertados y/o estimulados, hay muchos hombres que, en el marxismo, ven y agradecen este dato; sin que ello suponga, ni mucho menos, la aceptación de la cosmovisión marxista, de la ideología. Otros se hacen marxistas en este concreto sentido y no en otro; y se entregan con este espíritu a la lucha en favor de los dominados y explotados.

— *Conquista del poder: Para otros, el marxismo es en primer lugar el ejercicio colectivo de un poder político y económico bajo la dirección de un partido único que se considera —él sólo— expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los demás grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección.* Este segundo caso engloba obviamente el primero, mas no a la inversa. La lucha de clases conduce a un término que se considera necesario: la conquista del poder por la (s) clase (s) explotada (s). La clase explotada no realiza por sí sola tal conquista, sino en cuanto vertebrada por el partido (marxista) que la inspira, la conduce, la representa. Es el partido quien toma el poder de modo totalitario, sin admitir competencia ni siquiera compañía. El es «la expresión y la garantía del bien de todos». Nos encontramos ante la tendencia ideológica marxista-leninista, que cristaliza en distintas variantes, algunas de las cuales pueden no llegar a este extremo, sin que, por otra parte, lo excluyan como última (e inevitable) eventualidad. En último término tal conquista del poder se legitima, ante todo, como tránsito necesario hacia una sociedad sin clases y, también, como la dictadura de los más sobre los menos, inexorable alternativa de la dictadura de los menos sobre los más (dictadura capitalista), que, en su propia dialéctica, encierra su autosupresión, como mediación de la sociedad sin clases.

— *Materialismo histórico: En un tercer nivel, el marxismo —esté o no en el poder— se refiere a una ideología socialista basada en el materialismo histórico y en la negación de toda trascendencia.* Nos encontramos en pleno corazón de un sistema ideológico, de una cosmovisión; de una filosofía total, para quienes dan vigencia a la palabra filosofía.

Por el materialismo histórico el hombre pretende autosaberse y saber el mundo con la clave de la definitiva interpretación de la realidad. Las anteriores filosofías fueron meras ideologías, en el doble sentido de constelaciones de ideas invertidamente enfrentadas con la realidad y de construcciones mentales en función de una legitimación de intereses de clases. Las anteriores cosmovisiones

religiosas están asimismo superadas, como interpretación errónea de la realidad y como edulcorante de la verdadera contradicción humana, la que se da en las relaciones y modos de producción que explotan al hombre. No hay más trascendencia que la del progreso de la especie, en marcha hacia su plena eclosión genérica, comunista; o, en otra versión, no hay más trascendencia que la de unas relaciones sociales, en último término de producción, que tienden necesariamente hacia una cristalización superadora del clasismo, cristalización que, en su estructuración comunista, posibilita de modo definitivo la expansión de un dinamismo ilimitado.

El hombre se realiza en cuanto se sumerge en el ser genérico o se sabe foco de relación social en el seno del sistema, en plena conciencia de igualdad y con lúcida postura de dar según capacidad y de recibir según necesidad. Su vida es plena al y por ser social; su muerte es mero accidente de la especie; su gozo y su plenitud, saber conscientemente ambas cosas. Recientemente, entre nosotros, por alguien que no está precisamente en el poder, se ha hablado del gozo de la finitud, como otros han hablado del saboreo de la libertad en cuanto ésta es conciencia de la necesidad. Un día la materia (=el ser) brillará con la luz de la plena reconciliación del hombre con el hombre y de la humanidad con la naturaleza. Cada conciencia humana será el saboreo finito de este gozo «genérico» y/o «sistemático». No hay Trascendencia.

Nótese que este tercer nivel no sólo no niega los anteriores, sino que, normalmente, o los comporta a ambos, o comporta el primero solamente. La inversa —sobre todo en esta segunda hipótesis— no es cierta: se puede admitir el primer nivel sin este tercero; e incluso los dos primeros sin este tercero. Estas precisiones no son inútiles. Además de ayudar a profundizar la contraposición estratigráfica, ayudan a superar posiciones de definición o condenación en bloque respecto al mundo marxista.

— Método científico: *Finalmente, se presenta, según otros, bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno:*

- *como una actividad científica,*
- *como un riguroso método de examen de la realidad social y política,*
- *como el vínculo racional y experimentado por la historia entre el conocimiento teórico y la práctica de la transformación revolucionaria.*

*A pesar de que este tipo de análisis concede un valor primordial*

*a algunos aspectos de la realidad, con detrimento de otros, y los interpreta en función de una ideología arbitraria, proporciona, sin embargo, a algunos, a la vez que un instrumento de trabajo, una certeza previa para la acción: la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad.* Pueden notarse inmediatamente en este fragmento tres partes: la primera describe con precisión en qué consiste esta cuarta forma de interpretación del marxismo; la segunda hace de ella una crítica, subrayando su parcialidad y su carga ideológico-arbitraria; la tercera describe un resultado: la posición de espíritu de quienes sostienen esta cuarta interpretación con sus pros y sus contras: posición de espíritu que puede expresarse así: sabe que sabe; sabe que conectada con la marcha de la realidad; sabe que controla-domina esta marcha: todo a la vez, en una relación dialéctica de plenitud.

Este cuarto estrato conecta bien, en el orden teórico, con el primero; en el orden ideológico, con el tercero. Y suele ser apelado por quienes se entregan a vivir el segundo, aunque, con frecuencia, justo es decirlo, con el pragmatismo de quien sabe algo más, algo que sólo se aprende —piensa— en la lucha por el poder.

3.º Pauta. OA traza a continuación una pauta de conducta para el cristiano que, como vimos, «se pregunta también si la evolución histórica del marxismo no autorizaría ciertos acercamientos concretos». Esta pauta presenta dos momentos que hay que distinguir nítidamente, por un lado, y que hay que conectar armónicamente, por otro, dejándolos en la exacta medida de su peso.

La frase completa tiene una construcción ondulante. Empieza concediendo, para pasar a continuación a alertar. Pretende que el aviso quede fijado en la mente del lector. Dice así: *Si bien en la doctrina del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos, que se plantean como interrogantes a los cristianos para la reflexión y para la acción; es sin duda ilusorio y peligroso:*

- *olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente,*
- *aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología,*
- *entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso.*

Respecto a la primera parte de la afirmación, notemos que se admite claramente la validez de estas distinciones (la validez del planteamiento de niveles, de estratos); y que se afirma que «estos

diversos aspectos se plantean como interrogantes a los cristianos para la reflexión y para la acción».

Interrogantes para la reflexión: hay base objetiva para detenerse a pensar, para no pasar de largo, para no condenar mentalmente en bloque, para no evadirse con prejuicios que niegan un correcto juicio. Interrogantes para la acción: hay base objetiva para plantearse el cómo y el cuánto de aquel «acercamiento», para calibrar un hipotético compromiso de acción (véase lo que más adelante se comentará en la fórmula conclusiva).

Sencillamente, el cristiano tiene también aquí base —y derecho— para preguntarse, con Juan XXIII, como más arriba vimos: «En la medida en que estos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana, ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación»? No olvidemos que en estos momentos no nos estamos interrogando ante unos sistemas ideológicos, sino ante unos movimientos históricos concretos, de ellos derivados, pero de ellos distintos. No sería honrado retrotraer a planteamiento de mera tesis, lo que es un nítido planteamiento de compromiso de acción.

En cuanto a la segunda parte de la pauta, la idea central es la del lazo íntimo que une radicalmente los cuatro niveles. Las ideas siguientes no hacen más que explicitarla: la segunda poniendo como punto de referencia el nivel ideológico (tercer nivel); la tercera conectando el primero y el cuarto, al conjugar la práctica de la lucha de clases con su interpretación marxista.

La síntesis de la proposición sería: hay base para pensar y para sospechar una (s) posible (s) acción (es). Pero esta reflexión y este planteamiento de compromiso activo han de ser realistas (no ilusorios) y seguros (no peligrosos). Para ello no deben perder jamás de vista el, podríamos decir, connatural trenzamiento íntimo que existe entre los niveles. De lo que se sigue que, en la medida en que el trenzamiento tenga vigencia, de hecho, en un determinado movimiento histórico (piénsese, por ejemplo, en la zona de algunos partidos marxistas-leninistas), hay que evitar tal ilusión y tal peligro. Pero se sigue también que, en la medida en que conste suficientemente que tal peligro no se da o que no es prohibitivo, se puede dar una salida inversa, la que deriva de una reflexión objetiva y de un compromiso consiguiente en orden a la acción.

Podemos ver como este texto es más restrictivo que el referente a las corrientes socialistas; pero no es negativo. Siguiendo con el

símil del semáforo, diríamos que se abren ante la conciencia del cristiano ciertos destellos de luz verdeante tanto en el campo de la reflexión como en el de la acción. También aquí se trata, en último término, de una cuestión de discernimiento y de compromiso que está en manos de nuestras respectivas conciencias. Tampoco aquí, en nombre de Cristo se nos dice ni que sí ni que no a priori; se afirma que hay base objetiva para interrogarse seriamente; y que tal interrogación en orden a la reflexión y a la acción debe precaverse de los lazos de la ilusión irrealista y del peligro de la absorción. Si y en cuanto, tras madura ponderación, el cristiano se cerciora de que en un determinado movimiento de inspiración marxista se da un desglose efectivo de niveles, una desconexión real respecto a las exigencias ideológicas y una posibilidad cierta de no dejarse arrastrar en un proceso conducente a una sociedad totalitaria y violenta, puede resolver afirmativamente su interrogación.

b) También en este campo es conveniente un pequeño excursus histórico. Recordemos nuevamente la condenación global del mundo socialista por parte de León XIII y la particular del «bloque violento o comunismo» —hecho el desglose respecto al bloque moderado o socialismo— por parte de Pío XI. Ya dejamos sentido que no es lo mismo comunismo que marxismo; pero también señalamos que la inflexión «marxismo», en cuanto estudiada después del socialismo, tiene, en «Octogesima adveniens» un claro matiz de atención al mundo comunista.

Recordada esta salvedad, que hay que tener muy presente, veamos la línea de orientación de «Quadragesimo anno» (1931): Según este texto, el comunismo persigue dos objetivos: la encarnizada lucha de clases y la total abolición de la propiedad privada. Para lograrlos usa todos los medios: «no hay nada que no intente, nada que lo detenga». Recuerda las horrendas matanzas y destrucciones con que ha devastado inmensas regiones de Europa Oriental y de Asia; señala cuán declarado enemigo sea de la santa Iglesia y de Dios; estima superfluo prevenir a los hijos buenos y fieles de la Iglesia acerca del carácter impío e inicuo del comunismo; se duele de la incuria de quienes parecen despreciar estos peligros y de la desidia con que permiten su propagación; y termina afirmando que «tanto más condenable es todavía la negligencia de aquéllos que no se ocupan de eliminar o modificar esas condiciones de cosas, con que se lleva a los pueblos a la exasperación y se prepara el camino a la revolución y ruina de la sociedad» (ver QA, 112).

Pío XI es también el Papa de la «Divini Redemptoris», encíclica publicada seis años después (19 de marzo de 1937). En ella se trata ex professo del materialismo evolucionista de Marx: «la doctrina, que el comunismo oculta bajo apariencias a veces tan seductoras —acaba de hablar de su ideal y promesas, a los que conceptúa falsos—, se funda hoy esencialmente en los principios del materialismo, llamado dialéctico e histórico, ya proclamados por Marx y cuya genuina interpretación pretenden poseer los teorizantes del bolchevismo». Describe este materialismo. Explica la posición marxista-comunista ante la persona humana, la familia y la sociedad. Insiste en sus promesas deslumbradoras. Deja bien sentado que el liberalismo le preparó el camino. Subraya su propaganda astuta y vastísima. Se lamenta de la conspiración del silencio en la mayor parte de la prensa mundial no católica. Denuncia las consecuencias de la acción comunista-marxista en Rusia, Méjico y España, y las declara como atrocidades que fluyen naturalmente del sistema. Pone de relieve la naturaleza antirreligiosa del mismo. Recuerda el terrorismo con que antiguos camaradas de conspiración y de lucha se destrozan unos a otros. Contrapone a todo este mundo la doctrina de la Iglesia; indica los recursos y medios que hay que poner en juego para ello y termina señalando las responsabilidades de los sacerdotes y de los laicos en esta acción. (Es cosa buena tener presente que Pío XI escribe en tiempos de Stalin y que, una veintena de años más tarde, Kruschev leerá su famoso informe antistalinista ante un auditorio asombrado: los dirigentes del partido; luego el informe correrá como pólvora por todas las partes de la tierra y su efecto sobre los partidos comunistas de occidente será de importancia decisiva).

En julio y agosto de 1949, la Congregación del Santo Oficio, bajo el pontificado de Pío XII, hará públicos su Decreto sobre el comunismo y su Declaración sobre la celebración del matrimonio de los comunistas. El Decreto hará época. Los fieles cristianos que se afilien a los partidos comunistas o los favorezcan o que editen, propaguen o lean libros, periódicos, diarios u hojas que patrocinen la doctrina o la acción de los comunistas, o escriban en ellos, no pueden ser admitidos a los sacramentos. Los que profesen la doctrina materialista y anticristiana de los comunistas y sobre todo los que la defiendan y propaguen, incurren ipso facto, como apóstatas de la fe católica, en excomunión especialmente reservada a la Sede Apostólica. La Declaración precisará que la no admisión al uso de los sacramentos, no excluye, en determinadas condiciones, el

que el sacerdote pueda desempeñar su función en los matrimonios de los comunistas.

Respecto a Juan XXIII, ya hemos señalado la importancia histórica de su distinción entre error y errante y entre ideologías y movimientos históricos. Esta distinción tendrá su influjo en la redacción de la «Gaudium et Spes», del Vaticano II. En el n.º 19 de esta Constitución pastoral se describirán las formas y raíces del ateísmo. Se pasará a elucidar, acto seguido, el ateísmo sistemático, mencionando especialmente al que pone la liberación del hombre principalmente en su liberación económica y social y ataca violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder político. Ante este hecho, GS reitera la reprobación de las perniciosas doctrinas y conductas ateas y centra su atención en los motivos del ateísmo, que deben ser objeto de un serio y más profundo examen. El remedio del ateísmo, enseña, hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros. Y termina afirmando que «la Iglesia, aunque rechaza en forma absoluta el ateísmo, reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común. Esto no puede hacerse sin un prudente y sincero diálogo. Lamenta, pues, la Iglesia, la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas, negando los derechos fundamentales de la persona humana, establecen injustamente. Pide para los creyentes libertad activa a fin de que puedan levantar en este mundo también un templo a Dios. E invita cortésmente a los ateos a que consideren sin prejuicios el Evangelio de Cristo».

Finalmente, Pablo VI detectará un interrogante entre los cristianos, tomará nota de la existencia de unos niveles dentro del marxismo e indicará una pauta de comportamiento, tal como hemos expuesto con suficiente detención.

Repitamos también aquí que es muy importante tener presente la evolución del Magisterio. Evolución que permite y exige matizar a tenor de la marcha de la historia. Y que impide extrapolar textos, al propio tiempo que aislarlos de su contexto inmediato y global. Es el conocimiento de causa de esta evolución un dato muy importante para comprender, discernir y vivir la doctrina del Magisterio pontificio en el campo político-social.

### 3. El mundo liberal

a) Después de señalar que en nuestro tiempo *se asiste a una renovación de la ideología liberal* —lo que continúa situándonos en pleno corazón del tema de los movimientos históricos—, OA enumera sus razones, plantea un interrogante e indica una postura.

1.º Razones: *Esta corriente se apoya en el argumento de la eficiencia económica, en la voluntad de defender al individuo contra el dominio cada vez más invasor de las organizaciones y también frente a las tendencias totalitarias de los regímenes políticos.* Son dos niveles de los que se glorían las corrientes liberales: la eficacia económica y la defensa de las libertades (si se quiere, de «los derechos humanos»). Se trata de la continuidad en la trayectoria de las dos grandes revoluciones modernas: la económica y la política.

Por la primera, el capitalismo liberal se yergue ante el capitalismo mercantilista del antiguo régimen. Adam Smith, con su alegato en favor de «simple sistema de sociedad natural», del «sistema de libertad», que postula la supresión del Estado reglamentador y su sustitución por un Estado cuyo fin sea la protección de la actividad individual espontánea, da carta de ciudadanía al comerciante. Todo hombre está, por la naturaleza, primaria y principalmente encomendado a su propio cuidado. En tal grado que, a medida que atiende a sus propias necesidades, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones: el fin social. Una Providencia magnánima ha creado el orden natural, en que el propietario está obligado, al perseguir sus propios objetivos, a trabajar por el bienestar común. Los Fisiocráticos parten también de un orden natural, de un «orden esencial en el plan de las cosas, con unos principios eternos e inmutables, como los de las leyes físicas». Por ellos «todos los valores en comercio se equilibran y fijan en un valor definitivo». Bajo la ley imperiosa de la propia conservación, movidos por el propio interés, en un marco de libre cambio y de libertad contractual, con el supuesto intocable de la seguridad absoluta de los derechos de propiedad, los propietarios aquí —como los comerciantes en A. Smith— pasan a ser los protagonistas —y los beneficiarios— de una nueva estructuración económica que se concibe y vive como cristalización suprema y armónica de las leyes económicas y morales en un mundo todo él penetrado de la coherencia de la razón (cfr. Laski).

Por la segunda revolución, el liberalismo político, a través de la

larga evolución inglesa, de la fijación de principios y la cristalización de actitudes de la independencia americana y de las declaraciones de los derechos del hombre y del ciudadano de la revolución francesa, con paso a un nuevo régimen; se autoafirma —según sus partidarios— como el fermento renovador más extenso e intenso de la historia humana, en el orden de las relaciones entre los hombres, que conviven como ciudadanos.

Ambos filones —económico y político— se han afianzado y depurado a lo largo de los dos últimos siglos. Hoy, con voluntad consciente de negar —en el interior de los países capitalistas-liberales— los excesos explotadores y los privilegios cívicos que lastraron sus primeras etapas, afirman, a través de una reflexión neoliberal abierta a lo social, su (pretendida) superioridad en la eficacia productiva y en la afirmación y desarrollo de los derechos del hombre. Esta actualidad es la que tiene presente nuestro texto al describir la corriente liberal. En lo que esta afirmación y esta autocorrección histórica del liberalismo tienen de positivo, hay base, según OA, para una aquiescencia. *Ciertamente* —comenta el texto— *hay que mantener y desarrollar la iniciativa personal.*

2.º Interrogante. *Pero* —se pregunta Paulo VI— *los cristianos que se comprometen en esta línea, ¿no tienden a su vez a idealizar el liberalismo, que se convierte así en una proclamación a favor de la libertad?* Nótese la analogía con la afirmación sobre el socialismo:

SOCIALISMO	LIBERALISMO
«Con demasiada frecuencia los cristianos, atraídos por el socialismo, tienden a idealizarlo, en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad, de igualdad.»	« <i>Pero los cristianos que se comprometen en esta línea, ¿no tienden a su vez a idealizar el liberalismo, que se convierte así en una proclamación a favor de la libertad?</i> »

Nótese asimismo la analogía entre las dos observaciones que siguen inmediatamente a los dos anteriores textos:

«Rehúsan admitir las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen» (...) «ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre».	« <i>Ellos querrían un modelo nuevo, más adaptado a las condiciones actuales, olvidando fácilmente que en su raíz misma el liberalismo filosófico es una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, sus motivaciones, el ejercicio de su libertad.</i> »
---	---

Vemos que el citado interrogante va acompañado de la oportuna respuesta. Así como, en la primera columna, de los cristianos que tienden a idealizar el socialismo se afirma que rehúsan admitir una presión histórica ideológicamente condicionada; así, en la segunda, de los cristianos que tienden a idealizar el liberalismo se afirma que olvidan fácilmente la contextura radical del liberalismo filosófico (=ideológico). Aquél —el socialismo— es erróneo en su pretensión de dar una visión total y autónoma del hombre. Este —el liberalismo— es erróneo en su afirmación de la autonomía del individuo en despliegue. De aquí se sigue la necesidad de que OA indique una postura concreta a los cristianos.

3.º Postura. *Por todo ello, la ideología liberal requiere también por parte de los cristianos un atento discernimiento.* Discernir: he ahí el primer verbo capital en esta cuestión. «Se impone un atento discernimiento», se dijo también respecto al socialismo. Los cuatro aspectos señalados en el marxismo invitaban asimismo, implícitamente, a un nuevo tipo —mucho más condicionado— de discernimiento.

Creo que aquí se impone una observación particular. La mayoría de los cristianos que vivimos en Occidente llevamos dos siglos de ambiente ideológico liberal. Los avatares histórico-políticos no impiden la sustantividad de esta afirmación. En el terreno económico hemos mamado de generación en generación liberalismo ilimitado en los conceptos y hábitos en torno a la propiedad privada, a la relación capital-trabajo, al mundo de los contratos, al campo del rédito, a la división clasista de la sociedad, etc., etc.

Sobre todo en las clases medias y altas con una cierta raigambre generacional se da un modo de pensar, sentir y obrar que respira connaturalmente liberalismo ideológico. Y lo más grave es que, en un tanto por ciento importante, ello ni siquiera se cuestiona. Realmente se vive aquello de «la simplicidad del sistema de sociedad natural» de Smith, o del «orden esencial en el plan de las cosas» de los Fisiocráticos. Para muchos el patrimonio se hereda con la misma naturalidad que la sangre; la situación social se vive con la misma naturalidad que el propio carácter o la propia psicología. El nivel de ingresos también es natural: «toca» («hombre, comprenderás que las doscientas mil mensuales es lo mínimo...»). No es necesario aducir el mundo de las docientas mil semanales; o diarias: el millón de dólares anuales). Sintetizado más, a vuelo de macrovisión, «el macizo berroqueño» de la clase media-alta, a la hora de la verdad, está dispuesto a todo antes de poner en

juego de modo radical el statu quo. Creo que no invento ni exagero. Simplemente recuerdo y señalo una realidad que está ahí.

Pues bien: no es de extrañar que se dé algo que, también, es «natural»: que, en muchos casos, individualmente hablando; y que, de modo global, clasísticamente hablando, la facilidad en objetar la cuestión del compromiso de los cristianos en los campos socialista y marxista sea inversamente proporcional a la facilidad en detectar, discernir y revisar los propios condicionamientos ideológicos (teórico-prácticos) en la vivencia liberal-capitalista de la existencia.

Y no obstante, si se es verdaderamente cristiano, no queda más remedio, también aquí, que discernir para convertirse. No podemos servir a Dios y al dinero.

b) Será así mismo ilustrativo un excursus histórico breve en torno a la posición del Magisterio pontificio respecto al Capitalismo liberal.

La «Rerum novarum» planteó de modo inolvidable «la cuestión obrera» de su tiempo. Después de enumerar el doble hecho de que la mayoría se debate indecorosamente en una situación miserable y calamitosa y de que la usura voraz revive bajo apariencia distinta, dice: «Añádase a esto que no sólo la contratación del trabajo, sino también las relaciones comerciales de toda índole se hallan sometidas al poder de unos pocos, hasta el punto de que un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto pocos menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios». Precisamente la encíclica al tratar de las obligaciones del Estado, postulará, contra la tesis clásica del liberalismo (un Estado cuyo fin sea la protección de la actividad espontánea del individuo, sin ninguna intervención; que asegure absolutamente el derecho de propiedad privada), un Estado intervencionista, que, en función de su finalidad primordial de la prosperidad general de la comunidad política, cristalización de un bien común realmente logrado, no dude en proteger al mundo del proletariado cuando entren en juego las dimensiones sustantivas del salario vital, de las condiciones de trabajo, de la difusión de la propiedad privada. Y al tratar de los patronos y obreros reivindicará el derecho natural de constituir sociedades privadas, mixtas o separadas, con vistas a la obtención, protección y fruición de los bienes de alma y cuerpo para las que fueron creadas. El derecho de sindicación está contenido en esta reivindicación del derecho natural asociativo. La posición frente al liberalismo se plantea, pues,

no en el terreno del cuestionamiento de la estructura capital-trabajo (beneficio-salario), sino en el de la exigencia de condiciones humanas en el funcionamiento de dicha estructura.

La «Quadragesimo anno» insistirá en la dimensión social del derecho de propiedad privada, en la redistribución del producto social, en el salario familiar, en una cristalización cuasi-corporativa de las profesiones (con vistas a superar un planteamiento cuasi-institucional de enfrentamiento capital-trabajo). Y subrayará que el régimen capitalista de libre concurrencia ha engendrado, como fruto natural, una acumulación de poder y de recursos, al sobrevivir los más poderosos, tras una lucha por la hegemonía económica, a la que sigue la lucha por el poder político, al que sigue la lucha por el poder internacional. «La libre concurrencia se ha destruido a sí misma; la dictadura económica se ha adueñado del mercado libre; por consiguiente, al deseo de lucro ha sucedido la desenfrenada ambición de poderío; la economía toda se ha hecho horrendamente dura, cruel, atroz». «Por lo que atañe a las naciones en sus relaciones mutuas, de una misma fuente manan dos ríos diversos: por un lado el nacionalismo o también el imperialismo económico; por otro, el no menos funesto y execrable internacionalismo o imperialismo internacional del dinero, para el cual la patria se halla donde se halla el dinero». Esta situación exige imperiosamente una doble reforma fundamental: de costumbres y de instituciones. Esta última no implica tampoco para Pío XI una supresión de la infraestructura capital-trabajo, sino la corrección profunda de su funcionamiento.

«Mater et magistra», de Juan XXIII (1961), insistirá en la primacía de la iniciativa privada de personas e instituciones en el doble marco de un Estado que ejerza verdaderamente su función subsidiaria y de una socialización que extiende e intensifica crecientemente las relaciones sociales; en la necesidad del salario familiar; en la presencia de los trabajadores en la mediana y grande empresa y en todos los niveles de la vida social. Hará un alegato muy fuerte en favor de la agricultura, sector deprimido, y un replanteamiento de la cuestión social a nivel mundial, reclamando una colaboración internacional adecuada. La última parte de la encíclica insistirá en la triple necesidad de la instrucción, educación y acción en el campo de lo social católico. En cuanto a la «Pacem in terris», 1963, recordemos que en ella se establece la doble distinción error-errante, ideologías-movimientos históricos que constituye uno de los nervios de reflexión de las presentes páginas;

distinción que permitirá a Pablo VI hacer las aplicaciones al socialismo, marxismo y liberalismo que estamos considerando. Por lo demás, los comentaristas de las encíclicas sociales ya hicieron constar a su debido tiempo que el n.º 110 de MM y el 159 de PT aludían a los movimientos socialistas, con lo que las distinciones que hemos expuesto adquirirían la inflexión de un concreto sentido, ya desde el origen.

«Gaudium et spes» (1965), en su capítulo sobre la vida económica, subraya que la finalidad fundamental de la producción no es el mero incremento de los productos, ni el beneficio, ni el poder, sino el servicio del hombre (de todo el hombre y de todos los hombres); y que el control del desarrollo económico no debe quedar en manos de unos pocos o de grupos económicamente poderosos en exceso, ni tampoco en manos de una sola comunidad política o de ciertas naciones más poderosas. El mayor número posible de hombres, por un lado, y el conjunto de las naciones, por otro, deben participar en la dirección del desarrollo. Este no puede confiarse ni al solo proceso casi mecánico de la acción económica de los individuos, ni a la sola decisión de la autoridad pública. Por este motivo hay que calificar de falsas tanto las doctrinas que se oponen a las reformas indispensables en nombre de una falsa libertad como las que sacrifican los derechos fundamentales de la persona y de los grupos en aras de la organización colectiva de la producción. Subraya asimismo la primacía del trabajo, la necesidad de la participación de los trabajadores en la empresa y en la organización general de la economía y el destino común de los bienes de la tierra, por voluntad de Dios. A la autoridad pública toca impedir que se abuse de la propiedad privada en contra del bien común.

Finalmente, en la «Populorum progressio» de Pablo VI (1967), y conectando con el indicado texto conciliar sobre el destino universal de los bienes, se insiste en la primacía del derecho de todo hombre de encontrar en la tierra todo lo que necesita. Todos los demás derechos, sean los que sean, comprendidos en ellos los de propiedad y comercio libre, a ello están subordinados: no deben estorbar, antes al contrario, facilitar su realización, y es un deber social grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primaria (ver n.º 22). «La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto» (n.º 23). En la era moderna, sobre las nuevas condiciones de la sociedad marcadas por la industrialización, ha sido construido un sistema que considera el lucro

como motor esencial del progreso económico, la concurrencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío XI como generador del «imperialismo internacional del dinero». Este tipo de capitalismo es distinto de la industrialización a la que ha acompañado e intenta interpretar. Una reforma verdaderamente humana de la producción requiere, entre otros datos, una planificación. Poder público, iniciativa privada y cuerpos intermedios deben ser los agentes de la misma, al servicio del hombre (ver núms. 33-34). En el plano internacional, la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales: los países pobres pierden. «Es, por consiguiente, el principio fundamental del liberalismo, como regla de los intercambios comerciales, el que está aquí en litigio» (n.º 58). «Una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre concurrencia, que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica. El libre cambio sólo es equitativo si está sometido a las exigencias de la justicia social» (n.º 59).

Con ello llegamos a OA, cuya enseñanza ya conocemos.

ANTONI M.<sup>a</sup> ORIOL

Facultad de Teología  
Barcelona